

## UNA HERENCIA CLÁSICA EN "EL SOMBRERO DE TRES PICOS":

### EL HONOR FRENTE AL ABUSO DEL PODER

Fernando BARROSO  
Universidad de James Madison

El primer elemento de la literatura clásica española que recogió Alarcón para su novela El sombrero de tres picos fue la historieta misma como ya se ha documentado en las diferentes versiones que sobre el origen de esta novela existen. Es universalmente aceptado que Alarcón ofreció primero su historia a Zorrilla. Tema de tanta gracia y movimiento habría servido para una comedia engalanada con el verso romántico lleno de reminiscencias españolas del poeta entonces más popular de España. Zorrilla no se ocupó del proyecto por el momento, y Alarcón, en un magnífico arranque de su naturaleza impulsiva puso manos a la obra para darnos lo que la Pardo Bazán llamó con justicia "el rey de los cuentos españoles".

Para una historia que en sí es clásica, Alarcón se coloca para contarla dentro de lo clásico, y así, en el prefacio, adopta la guisa de juglar para entretenernos, contándonos una historia que él llama vulgar y conocida de todos que oyó referir a un zafio pastor de cabras que nunca había salido de la escondida cortijada donde nació (1). La tradición juglaresca queda así establecida. Alarcón, ajuglarado como el de Hita, refiere lo que oyó decir a otro, nos transmite la obra en forma escrita, movido por el deseo de que ésta no se pierda, y como los antiguos monjes recopiladores o los románticos estudiosos de la tradición, se dispone a aprisionarla para siempre en el papel. Mas, no contento de que seamos nosotros los que así deduzcamos las cosas, añade

Era el tal [el pastor] uno de aquellos rústicos sin ningunas letras, pero naturalmente ladinos y bufones, que tanto papel hacen en nuestra literatura nacional con el dictado de pícaros. Siempre que en la Cortejada había fiesta, con motivo de boda o bautizo, o de solemne visita de los amos, tocábale a él poner los juegos de chasco y pantomi

ma. hacer las payasadas y recitar los Romances y Relaciones... (2).

Y aún precisa más sus fuentes al referir que esta historia del Corregidor y de la Molinera o del Molinero y la Corregidora la había leído en Romances de ciego y hasta en el famoso Romancero del inolvidable don Agustín Durán (3). Si el Libro de Buen Amor es presentado por su autor como guía al buen amor de Dios o al loco amor del mundo, el eco de esa posición equívoca aparece en el mismo prefacio de El sombrero de tres picos. Al sonrojo de las muchachas y al reclamo de sus madres el pastor Repelá, que así se llamaba,

no se mordió la lengua y contestó diciendo: que no habrá por qué escandalizarse de aquel modo, pues nada resultaba de su Relación que no lo supiesen las niñas de cuatro años... (4).

Si la época de oro de la literatura peninsular retrata el mundo de la cúspide política e histórica española de los siglos XVI y XVII y la grandeza épica medieval se remonta a los años en que la nación se forma con el sacrificio y la fuerza de brazos y sables, Alarcón coloca su historia entre 1804 y 1808, cuando España está a las puertas de perder su preponderancia política internacional ante la arremetida napoleónica. Los antiguos comendadores y tiranos se ocultaban antes en su poder para desde allí abusar de sus privilegios hasta tanto les detuvieran el castigo divino reflejado en el poder real, el Corregidor de nuestra pieza resulta ser una caricatura del tirano clásico y Alarcón siguiendo el cuadro feliz de los molineros y sus cotidianos contertulios, le presenta como ave de rapiña que se cierne sobre los mismos. El mundo de los molineros es el del orden, la paz y la alegría reposada tan cercano a la felicidad como se puede en el mundo acercarse a ella. Si Don Quijote hace referencia a aquella otra edad, otros siglos, en su discurso de la Edad de Oro, Alarcón aquí le remeda

¡Dichosísimo tiempo aquél en que nuestra tierra seguía en quieta y pacífica posesión de todas las telarañas, de todo el polvo, de toda la polilla, de todos los respetos, de todas las creencias, de todas las tradiciones, de todos los usos y de todos los abusos santificados por los siglos! ¡Dichosísimo tiempo aquél en que había en la sociedad humana variedad de clases, de afectos y de costumbres! ¡Dichosísimo tiempo, digo... para los poetas especialmente, que encontraban un entremés, un sainete, una comedia, un drama, un auto sacramental o una epopeya detrás de cada esquina, en vez de esta prosaica uniformidad y desabrido realismo que nos legó al cabo la Revolución Francesa! ¡Dichosísimo tiempo, sí...! (5).

El Corregidor hace atraer sobre sí la sospecha de iniquidad desde su primera aparición por lo insólito de la hora para su paseo ya de por sí sospechoso. Las figuras de Don Eugenio y de Garduña resaltan en los tonos más lúgubres,

como lúgubres son las oscuras ropas que visten. Garduña, "espantajo negro", "parecía la sombra de su amo", y como tal era como el brazo derecho de éste "con dos manos como dos manejos de disciplinas, parecía juntamente un hurón en busca de criminales" (6). Más que un paseo, parecen dos forajidos que salen a perpetrar un robo.

Pero estos forajidos se encuentran amparados por el orden, que en esta novela alarconiana se simboliza en el sombrero de tres picos, señal de autoridad del Corregidor. Negro y descomunal al lado del del alguacil, más pequeño. El sombrero, más que un símbolo personal de la autoridad de alto funcionario de gobierno, es el representante de toda una época que Alarcón con nostalgia se conduce de haber escarnecido.

Si los antiguos comendadores, favoritos de la corte y algún que otro rey errado del antiguo teatro clásico pretenden a las mujeres de sus honrados labradores, la amenaza de éstos parecía cernirse sobre sus víctimas como ominoso peligro al cual poca resistencia cabía hacerle. El Corregidor alarconiano no parece estar dotado de esta invencibilidad. A medida que el Corregidor se acerca, lo más evidente es que todo el mundo parece saber la intención que le lleva hasta el molino. Y aquí utiliza Alarcón un resorte literario curioso: hermana al lector con los personajes campesinos que en el capítulo ven pasar al Corregidor y al Alguacil.

Extraña mezcla de lectores y personajes, extraña hermandad, pues tanto los lectores como los representantes se hacen las mismas reflexiones el Corregidor está allí y va por la Molinera. El terror o al menos el miedo disfrazado de respeto de los aldeanos del antiguo teatro clásico se sustituye aquí por la mera curiosidad.

En Fuenteovejuna el Comendador sorprende a Laurencia en el campo, ignora que Frondoso se ha escondido encaramado entre las ramas de un árbol, y creyendo sola a la muchacha, la pretende y es rechazado, por lo que intenta forzarla. Pero Laurencia se salva por la actitud valiente de Frondoso que interviene oportunamente y obliga al Comendador a retirarse.

La humillación del Corregidor alarconiano es aún mayor. Mientras el Molinero se queda escondido en la parra, la Molinera contesta el bombardeo del tirano con la petición de un cargo para un sobrino suyo que está sin trabajo en Estella y cuando al fin el pretendiente, como su antecesor el de Fuenteovejuna, trata de imponerse a la mujer, ésta de un fuerte tirón le arroja de espaldas. La furia reprimida del comendador lopesco aquí se transforma en zalamería ante el marido que finge haberse despertado en la parra por el ruido de la caída del corregidor.

Los villanos del Siglo de Oro preparan la seducción con concentrada furia de trágicas consecuencias. El comendador en Fuenteovejuna arresta a Frondoso en su banquete de bodas y se lleva a la novia: Sancho IV en La Estrella de Sevilla

se cerciora que su amada está sola y soborna a los criados; el comendador de Ocaña ve asimismo abierta la puerta de su amada por el traidor Luján aprovechando que Peribáñez, mayordomo de la cofradía de San Roque, tiene que llevar la imagen del Santo a Toledo; el capitán don Álvaro de Ataíde, tras varias estratagemas, roba a la hija del alcalde Pedro Crespo con sus soldados como un forajido encabezando una partida.

En El sombrero de tres picos el corregidor, aconsejado por Garduña urde la estratagema que hará sacar de su casa al molinero y dejarle la molinera sola, de noche, y accesible. El tono inspiracional en el que hablan no revela al lector la totalidad de los planes, contribuyendo al misterio al que tanto se presta la estancia mal alumbrada en que se encuentran. El alguacil Toñuelo le entrega al tío Lucas de parte del alcalde Juan López una orden estricta para que comparezca de inmediato a su presencia sin la molinera.

El honor se venga en Fuenteovejuna con la rebelión del pueblo promovida por Laurencia; en La Estrella de Sevilla Busto Tavera usa el ardid de no reconocer al rey pues el rey no descendería a lo que ha hecho aquel intruso que se hace llamar el rey; Pedro Crespo le aplica al capitán la pena de muerte.

Aquí, no hace falta nada; el corregidor, al entrar en el molino cae en el caz y si llega al lecho de la molinera con ayuda de Garduña, es solo para acostarse y poner su ropa a secar y evitar así la pulmonía. Y allí, solo se queda, pues la señá Frasquita se ha ido de la casa tan pronto ha reconocido la presencia del intruso.

Es en el cerebro del Tío Lucas donde los celos corroen y siembran la semilla de una posible tragedia. La sombra de Otelo, aludida ya por Alarcón, se cierne sobre el honrado murciano y la novela adopta un tono grave. El tío Lucas entra en el molino persuadido de que si la puerta está abierta, esto sí pudo hacerlo su mujer. ¿Ha sido culpable ella? ¿Ha sido víctima? En la casa no había más que silencio. Poco a poco comienza a notar la chimenea encendida, las ropas del corregidor tendidas en los espaldares de dos o tres sillas. Lleno de negros pensamientos, el molinero se apodera del trabuco y se dirige a su cuarto en busca de los culpables. Una nueva prueba confirma lo peor: en el suelo, un pliego de papel con el nombramiento del sobrino de su mujer y firmado por el Corregidor. Ya frente a la puerta del dormitorio, aun con esperanzas de que todo fuera incierto, observa por el ojo de la cerradura la cabeza del Corregidor descansando sobre la almohada de su cama. Ya no cabe la duda de su desgracia, el tono trágico ya ha encontrado una clave cómica. El Otelo de Murcia se cerciora de su sospecha mirando a través del ojo de la cerradura. La tragedia se vuelve sainete y si su honor se ha pisoteado "también la Corregidora es guapa" y escudado en la capa negra y en el sombrero de tres picos el molinero se decide, amparado por las sombras de la noche, como nuevo don Juan, a pagarle al Corregidor con la misma moneda.

Don Eugenio, entretanto, ha comenzado a pagar sus culpas. Enterado por Garduña de lo que aparentemente planea hacer el molinero, se ve precisado a vestir las ropas de éste para acudir pronto a su corregidora, pero en una reminiscencia de la trifulca nocturna donde Don Quijote fue apeado en la posada que creyó castillo, don Eugenio no es reconocido en su disfraz de noche y recibe dos palizas, una de manos de Juan López y Toñuelo, y otra de sus propios criados.

La comedia de errores, agravada por el dolor y la iracundia de Frasquita, doblemente lastimada por la duda de su marido y la sospecha del adulterio de éste, se deshace con la intervención de la corregidora. Una gran dama; en ella Alarcón restablece el sentido del honor y dignidad, prenda de la nobleza. Como antiguo rey o dama solucionadores de debates en los tiempos medios la corregidora deshace el equívoco, restablece la paz entre los molineros y castiga a su marido cerrándole para siempre la puerta de su alcoba.

Así concluye Alarcón su historia, clásica en el tema, clásica en sus pinceladas, que como una pintura goyesca encierra los últimos resplandores de una España barrida por una revolución y un emperador extranjeros.

NOTAS

1. Pedro A. de Alarcón, El sombrero de tres picos, en Obras completas, Madrid, Ediciones Fax, 1968, p. 443.
2. Op. cit., p. 443.
3. Op. cit., p. 444.
4. Op. cit., p. 443.
5. Op. cit., p. 445.
6. Op. cit., pp. 449-50.

